

FARO EN LA NOCHE

FARO EN LA NOCHE

El Espíritu Santo, en todo tiempo y lugar, en Israel y fuera de Israel, suscitó mujeres y hombres animados de su luz y fuerza, para mantener al género humano vuelto hacia el Padre. Llegada la plenitud de los tiempos introdujo al Verbo eterno en la carne mediante el sí de María, y así era recreado el viejo Adán. Luego, enviado por el Padre y el Hijo, el Paráclito habita en la carne, para que ésta, como enseña san Irineo, se habitúe a vivir en Dios.

*Este obrero divino, siempre **solícito, discreto e inagotable en su creatividad**, pues nunca se repite, hizo brotar, en el seno de la Iglesia, Vida Religiosa para que, en la travesía de la humanidad hacia el Padre, fuera como un **Faro, un Testimonio y un Símbolo comunitario**. Faro para indicar a los navegantes desorientados en la noche, dónde se encuentra el Puerto. **Testimonio** de la solicitud de Aquel que no duerme ni descansa hasta ver a sus hijos reunidos en el banquete escatológico. **Símbolo comunitario** de la humanidad que avanza en el Primogénito hacia el Padre.*

*El desarrollo de este triple cometido reclama **una vida teologal intensa**. Sin una **fe recia**, la vida religiosa no podrá vivenciarse como don del Espíritu a la humanidad; sin un **amor ardiente**, no acertará a compartir las alegrías y las angustias de la travesía, sin una **esperanza viva**, no infundirá aliento y ánimo a los cansados, desorientados. La dedicación a la humanidad brota en la Vida Consagrada de su ser, de su participación en la consagración y misión de Jesús.*

Como todos sabemos, el faro es una torre elevada en la costa o en un islote. Está dotada de un potente proyector que emite señales luminosas para la orientación de los navegantes. Al descubrirlas éstos experimentan alegría y confianza.

Por grande que sea el faro es una realidad insignificante comparada con la inmensidad del mar.



No elimina las tempestades, pero sirve para indicar dónde se encuentra el puerto. Su eficacia depende del lugar estratégico en que se halla ubicado, de su altura y solidez, de la intensidad de la señal luminosa que emite y de su constancia en emitirla en medio de la noche.

La Vida Religiosa Apostólica ha de situarse con decisión en las zonas donde la navegación resulta más arriesgada, donde el peligro de desorientación sea mayor. Es claro que no puede refugiarse en hogares cálidos; sin permanecer a la intemperie no podría indicar a los navegantes el camino hacia el Padre. Con decisión debe solidarizarse con los pobres, los

pecadores, los hambrientos y sedientos de salvación. El Padre la envía a los desorientados para encaminarlos hacia su casa.

Para construir una torre elevada y sólida, es preciso seguir las indicaciones del Maestro: escuchar su Palabra y ponerla en práctica. La VRA no puede edificarse más que sobre el único fundamento, Jesucristo muerto y resucitado. Sólo así se alzarán sobre las olas y las tormentas de la historia. Si no resistiera sus embates, dejaría de ser útil para los desorientados navegantes.

Lo más precioso del faro es la señal luminosa que irradia. Ésta ha de ser lo más intensa posible, sobre todo en momentos de bruma. El reflector necesita estar alimentado por una fuente de energía.



El Evangelio recuerda: La luz verdadera es Jesucristo. Los discípulos indican el camino seguro hacia el Padre, en la medida que irradian su luz. Otras señales pueden ser engañosas.

«Los que abrazan la vida consagrada, hombres y mujeres, dice Juan Pablo II en la carta Apostólica sobre Vida Consagrada; son por la naturaleza misma de su opción, interlocutores privilegiados de aquella búsqueda de Dios, cuya presencia aletea en el corazón humano, llevándolo a múltiples formas de ascesis y de espiritualidad. Las personas consagradas, viviendo con coherencia y en plenitud los compromisos libremente asumidos, pueden ofrecer una respuesta a los anhelos de sus contemporáneos, rescatándolos de soluciones que son generalmente ilusorias y que niegan frecuentemente la encarnación salvífica de Cristo». Y concluye Juan Pablo II: «Toda persona consagrada está comprometida a cultivar el hombre interior, que no es ajeno a la historia ni se encierra en sí mismo. Viviendo en la escucha obediente de la Palabra, de la cual la Iglesia es depositaria e intérprete, encuentra en Cristo sumamente amado y en el Misterio trinitario, el objeto del anhelo profundo del corazón humano y la meta de todo itinerario religioso sinceramente abierto a la trascendencia». (VC 103)

Para emitir de forma constante la señal luminosa, la VRA necesita vivir en estado de conversión y de vigilancia profética, para anunciar la llegada del Señor y denunciar los caminos tenebrosos de la mentira. Como el padre de la parábola no cesaba de otear el horizonte para descubrir la vuelta del hijo perdido y muerto, así la VRA ha de estar vuelta hacia los hombres, para encaminarlos, llegado el momento, hacia la casa paterna. Contribuirá a la alegría del Padre y de los hombres, si emite, con intensidad y perseverancia, la luz de Cristo en la noche.

D. Antonio Bravo.

